

El Padre y el Hijo: Una Exposición Doctrinal de la Primera Presidencia y los Doce.

Las Escrituras clara y repetidamente afirman que Dios es el Creador de la tierra, los cielos y todas las cosas que en ellos hay. En este sentido, el Creador es un organizador. Dios creó la tierra como esfera organizada; pero ciertamente no creó, en el sentido de darles existencia, los elementos de la materia de que se compone la tierra, porque "los elementos son eternos". (D. y C. 93:33)

En igual manera la vida es eterna, y no creada. Pero en la materia organizada se puede infundir vida o la fuerza vital, aunque no le han sido revelados al hombre los detalles del procedimiento. Como ejemplos ilustrativos véase Génesis 2:7; Moisés 3:7; y Abrahán 5:7. Cada uno de estos pasajes declara que Dios sopló en el cuerpo del hombre el aliento de vida. Véase también Moisés 3:19, donde se declara que Dios sopló el aliento de vida en los cuerpos de las bestias y las aves. Dios le mostró a Abrahán "las inteligencias que fueron organizadas antes que el mundo fuese"; y por "inteligencias" debemos entender "espíritus" personales. (Abrahán 3:22-23) No obstante, expresamente nos es dicho que "Inteligencia", es decir, "la luz de la verdad, no fue creada ni hecha, ni tampoco lo puede ser." (D. y C. 93:29)

El término "Padre" aplicado a Dios, ocurre en las Sagradas Escrituras con significados claramente distintos. Deben segregarse cuidadosamente cada uno de los cuatro significados que se especifican en el siguiente tratado.

1. *"Padre" en el Sentido Literal.*—Los pasajes de las Escrituras que tienen el significado ordinario — literalmente el de Padre—son demasiado numerosos y precisos para ser citados. Estos pasajes tienen por objeto indicar que Dios el Eterno Padre, a quien damos el exaltado título de "Elohim", es el Padre literal de nuestro Señor y Salvador Jesucristo así como de los espíritus de la raza humana. Elohim es el Padre en todo sentido en que Jesucristo es así llamado, y por distinción es el Padre de los espíritus. De modo que leemos en la Epístola a los Hebreos: "Por otra parte, tuvimos por castigadores a los padres de nuestra carne, y los reverenciábamos, ¿por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?" (Hebreos 12:9) En vista de este hecho, Jesucristo nos enseña que oremos: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre."

Jesucristo se aplica a sí mismo ambos títulos, "Hijo" y "Padre". En verdad, claramente dijo al hermano de Jared: "He aquí, soy Jesucristo. Soy el Padre y el Hijo. (Eter 3:14) Jesucristo es el Hijo de Elohim tanto espiritual como corporalmente, es decir, Elohim es literalmente el Padre del espíritu de Jesucristo y también del cuerpo con el que Jesús cumplió su misión en la carne, ese cuerpo que murió sobre la cruz y más tarde se levantó mediante la resurrección, y ahora es la morada inmortal del espíritu eterno de nuestro Señor y Salvador. No parece ser necesaria una explicación más extensa del título "Hijo de Dios" cual se aplica a Jesucristo.

2. *"Padre" como Creador.*—Un segundo significado de "Padre" en las Escrituras, es el de Creador, como en los pasajes que se refieren a cualquiera de las Personas de la Trinidad, llamándolo "el Padre de los cielos y de la tierra y de todas las cosas que en ellos hay". (Eter 4:7; véase también Alma 11:38, 39, y Mosiah 15:4)

Dios no es el Padre de la tierra, que es uno de los mundos en el espacio, ni de los cuerpos celestiales, en total o en parte, ni de los objetos inanimados, plantas y animales sobre la tierra, en el sentido literal en que es Padre, de los espíritus de! género humano. Por tanto, las Escrituras que en cualquier manera se refieren a Dios como el Padre de los cielos y de la tierra deben entenderse en el sentido de que Dios es el Hacedor, el Organizador, el Creador de los cielos y de la tierra.

Con este significado, como en cada uno de los casos el contexto lo indica, Jehová, quien es Jesucristo el Hijo de Elohim, es llamado "el Padre" y aun "el Padre Eterno del cielo y de la tierra". (Véanse los pasajes antes citados, y Mosiah 16:15) Con significado análogo Jesucristo es llamado "Padre Eterno" (Isaías 9:6; compárese con 2 Nefi 19:6.)

En el capítulo 4 de *Jesús el Cristo*, se explica que Jesucristo, a quien también conocemos como Jehová, fue el poder ejecutivo de Elohim el Padre en la obra de la creación. Jesucristo, siendo el Creador, debidamente es llamado el Padre de los cielos y de la tierra, en el sentido que se explicó anteriormente; y en vista de que sus creaciones son de carácter eterno, con toda propiedad es llamado el Padre Eterno de los cielos y de la tierra.

3. *Jesucristo, "Padre" de todos los que permanecen en su Evangelio.*—Un tercer sentido en que se considera a Jesucristo como el "Padre" tiene que ver con la relación que existe entre él y los que por aceptar su evangelio llegan a ser herederos de la vida eterna. En seguida citamos unos cuantos de los pasajes que ilustran este significado.

En la oración ferviente que ofreció poco antes de entrar en el Getsemaní, Jesucristo rogó a su Padre por aquellos que el Padre le había dado: con particularidad los apóstoles, y con más generalidad todos los que mediante el ministerio de los apóstoles aceptaran el evangelio y permanecieran en él. En las palabras mismas del Señor leemos la solemne afirmación de que aquellos por quienes particularmente oraba eran suyos, y que el Padre se los había dado: "He manifestado tu nombre a Tos honores que del mundo me diste: tuyos eran, y me los diste, y guardaron tu palabra. Ahora han conocido

que todas las cosas que me diste, son de ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son: y todas mis cosas son tus cosas, y tus cosas son mis cosas; y he sido glorificado en ellas. Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo a ti vengo. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos por tu nombre, para que sean una cosa, como también nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición; para que la Escritura se cumpliera." (Juan 17:6-12)

Y más adelante: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa: para que el mundo crea que tú me enviaste. Y yo, la gloria que me diste les he dado; para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumadamente una cosa; y que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los» has amado, como también a mí me has" amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo; para que vean mi gloria que me has dado; por cuanto me has amado desde antes de la constitución del mundo." (Juan 17:20-24)

A sus fieles siervos de la dispensación actual, el Señor ha dicho: "No temáis, niñitos, porque sois míos, y yo he vencido al mundo, y vosotros sois de aquellos que el Padre, me ha dado." (D. y C. 50:41) La salvación se alcanza únicamente por cumplir con las leyes y ordenanzas del evangelio; y todos los que de esta manera se salvan llegan a ser hijos e hijas para Dios en un sentido particular. En una revelación dada a Ema Smith por medio de José el Profeta, el Señor Jesús llamó a esta mujer "mi hija", y añadió: "Porque de cierto te digo que todos los que reciben mi evangelio son hijos e hijas en mi reino." (D. y C. 25:1) El Señor, en muchos pasajes, ha llamado a los hombres sus hijos. (D. y C. 9:1; 34:3; 121:7)

Se han recibido muchas revelaciones en la dispensación actual, las cuales aclaran que mediante su obediencia al evangelio los hombres pueden llegar a ser hijos de Dios, tanto hijos de Jesucristo como hijos de su Padre, por medio de Jesucristo. Y así leemos en las palabras que el Señor Jesucristo dirigió a Hyrum Smith en 1829: "He aquí, soy Jesucristo, el Hijo de Dios. Soy la vida y la luz del mundo. Soy yo el mismo que vine a los míos, y no me recibieron; mas de cierto, de cierto te digo, que a todos los que me reciban daré el poder de llegar a ser hijos de Dios, aun a aquellos que creyeran en mi nombre. Amén." (D. y C. 11:28-30) A Orson Pratt el Señor habló así por conducto de José el Vidente, en 1830: "Orson, hijo mío, escucha, oye y ve lo que te diré yo, Dios el Señor, aun Jesucristo tu Redentor; la luz y la vida del mundo, una luz que brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden; quien amó al mundo de tal manera que dio su vida, para que cuantos creyeran llegasen a ser hijos de Dios. Por lo tanto, eres mi hijo." (D. y C. 34:1-3) En 1830 el Señor se dirigió a José Smith y a Sidney Rigdon, diciendo: "Escuchad la voz del Señor vuestro Dios, aun Alfa y Omega, el principio y el fin, cuyo curso es un giro eterno, lo mismo hoy, que ayer y para siempre. Soy Jesucristo, el Hijo de Dios, quien fue crucificado por los pecados del mundo, aun por cuantos creyeran en mi nombre, a fin de que llegasen a ser hijos de Dios, aun uno en mí, así como soy uno en el Padre, como el Padre es uno en mí, para que seamos uno." (D. y C. 35:1-2) Considérese también la siguiente declaración hecha en 1831: "Escucha y oye la voz de aquel que existe de eternidad en eternidad, el Gran Yo SOY, aun Jesucristo—La luz y la vida el mundo; una luz que brilla en las tinieblas y las tinieblas no la comprenden; el mismo que vine en el meridiano de los tiempos a los míos, y no me recibieron; pero a cuantos me recibieron, les di el poder de llegar a ser mis hijos; y así también a cuantos me recibieren daré el poder de llegar a ser hijos míos". (D. y C. 39:1-4) En una revelación dada por medio de José Smith en marzo de 1831, leemos: "Porque, de cierto os digo, que yo soy Alfa y Omega, el principio y el fin, la luz y la vida del mundo—una luz que resplandece en las tinieblas y las tinieblas no la comprenden. Vine a los míos y no me recibieron; mas a cuantos me recibieron les di el poder de hacer muchos milagros, y de convertirse en hijos de Dios; y a los que creyeron en mi nombre les di el poder de obtener la vida eterna." (D. y C. 45:7-8)

Esta relación entre Jesucristo, como el Padre, y aquellos que cumplen con los requisitos del evangelio, como sus hijos, se expone de una manera convincente en las palabras de Abinadí, proferidas siglos antes del nacimiento de nuestro Señor en la carne: "Y ahora os pregunto: ¿Quién declarará su generación? He aquí, os digo que cuando su alma haya sido sacrificada por el pecado, él verá su posteridad. Y ahora ¿qué decís vosotros? ¿Quién será su simiente? He aquí, os digo que quien ha oído las palabras de los profetas, sí, todos los santos profetas que han profetizado acerca de la venida del Señor, os digo que todos aquellos que han escuchado sus palabras y creído que el Señor redimirá a su pueblo, y han puesto sus ojos en ese día para la remisión de sus pecados, os digo que éstos son su simiente o los herederos del reino de Dios; porque éstos son aquellos cuyos pecados él ha tomado sobre sí; son aquellos por quienes ha muerto, para redimirlos de sus transgresiones. ¿Y no son ellos su simiente? Sí, ¿y no lo son los profetas, todo aquel que ha abierto su boca para profetizar; que no ha caído en transgresión? Me estoy refiriendo a todos los santos profetas desde el principio del mundo. Digoos que ellos son su simiente." (Mosiah 15:10-13)

Contrastan trágicamente el bendito estado de aquellos que llegan a ser hijos de Dios, mediante la obediencia al evangelio de Jesucristo, y el de los que no se regeneran, aquellos que son expresamente llamados los hijos del diablo. Notemos las palabras de Cristo, mientras se hallaba en la carne, a ciertos judíos inicuos que se jactaban de ser del linaje de Abrahán: "Si fuerais hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais . . . vosotros hacéis las obras de vuestro padre. . . Vosotros de vuestro padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre deseáis cumplir." (Juan 8:39, 41, 42, 44) De

manera que Satanás es llamado padre de los inicuos, aunque no podemos suponer que exista entre él y ellos ninguna de las relaciones personales de un padre y sus hijos. Que los justos son los hijos de Dios y los impíos los hijos del diablo se ve en el ejemplo combinado de la parábola de la cizaña: "La buena simiente son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del mal." (Mateo 13:38)

Los hombres pueden llegar a ser hijos de Jesucristo naciendo de nuevo, naciendo de Dios, como lo indica la palabra inspirada: "El que hace pecado, es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Cualquiera que es nacido de Dios, no hace pecado, porque su simiente está en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto son manifiestos los hijos de Dios, y los hijos del diablo: cualquiera que, no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios." (I Juan 3:8-10)

Los que han nacido para Dios mediante la obediencia al evangelio pueden, por medio de valiente devoción a la justicia, obtener la exaltación y aun llegar a la condición de dioses. De éstos se ha dicho: "De modo que, como está escrito, ellos son dioses, aun los hijos de Dios." (D. y C. 76:58; compárese con 132:20; también el versículo 17 de la misma sección y en igual manera el versículo 37) Sin embargo, aunque son dioses, todavía están sujetos a Jesucristo, como su Padre, en esta sublime relación; de manera que leemos en el pasaje que sigue del que ya citamos: "Y ellos son de Cristo, y Cristo es de Dios." (D. y C. 76:69)

Por medio del nuevo nacimiento, de agua y del Espíritu, el género humano puede convertirse en hijos de Jesucristo, ya que por los medios que él ha proveído "son engendrados hijos e hijas para Dios". (D. y C. 76:24) Esta solemne verdad es reiterada por las palabras del Señor Jesucristo, proferidas por medio de José Smith en 1833: "Y ahora, de cierto os digo, yo estuve en el principio con el Padre, y soy el Primogénito; y todos los que por medio de mí son engendrados, son participantes de la gloria del mismo, y son la Iglesia del Primogénito." (D. y C. 93:21-22) En cuanto al uso figurado de la palabra "engendrados" que se aplica a los que nacen para Dios, citamos la explicación de San Pablo: "Que en Cristo Jesús, yo os engendré por el evangelio." (I Cor. 4:15) Tenemos un ejemplo análogo de este parentesco que se logra por servir rectamente, en la revelación que se refiere al orden y funciones del sacerdocio, recibida en 1832: "Porque los que son fieles hasta obtener estos dos sacerdocios de los que he hablado, y magnifican sus llamamientos, son santificados por el Espíritu para la renovación de sus cuerpos. Llegan a ser los hijos de Moisés y Aarón y la simiente de Abrahán, la iglesia y el reino, y los elegidos de Dios." (D. y C. 88:33-34) Si es propio hablar de los que aceptan el evangelio y permanecen en él como hijos e hijas de Cristo—y sobre este punto las Escrituras son claras y no se pueden contradecir o negar— también es propio hablar de Jesucristo como Padre de los justos, ya que se hicieron sus hijos y él su Padre por medio del segundo nacimiento o sea la regeneración bautismal.

4. *Jesucristo Como "Padre" por Investidura Divina de Autoridad.*— La cuarta razón porque se aplica el título de "Padre" a Jesucristo se basa en el hecho de que en todas sus relaciones con la familia humana Jesús el Hijo ha representado y aún representa a Elohim su Padre en poder y autoridad. Así fue con Cristo durante su estado preexistente incorporado en el que fue conocido como Jehová; durante su estado corporal en la carne, y durante sus obras como espíritu desincorporado en el mundo de los muertos; y desde esa época para acá, en su estado resucitado. A los judíos él dijo: "Yo y el Padre una cosa somos" (Juan 10:30; véase también 17:11, 22); no obstante, declaró: "El Padre es mayor que yo" (Juan 14:28); y además: "Yo he venido en nombre de mi Padre." (Juan 5:43; véase también 10:25). Cristo mismo declaró esta verdad idéntica a los nefitas (véase 3 Nefi 20:35 y 28:10), y ha sido reafirmada por revelación en la dispensación actual (D. y C. 50:43). De manera que el Padre puso su nombre sobre el Hijo; y Jesucristo habló y ejerció su ministerio en el nombre de su Padre y por medio de él; y en lo que concierne a poder, autoridad y divinidad, sus palabras y hechos fueron y son los del Padre.

Leemos, por vía de analogía, que Dios puso su nombre sobre el ángel (o en él) que fue nombrado para una obra especial entre el pueblo de Israel durante el éxodo. Refiriéndose al ángel, el Señor dijo: "Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión: porque mi nombre está en él." (Éxodo 23:21)

A Juan, el antiguo apóstol, lo visitó un ángel quien ejerció su ministerio y habló en el nombre de Jesucristo. Según las Escrituras: "La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder presto; y la declaró, enviándola por su ángel a Juan su siervo." (Apoc. 1:1) Juan estaba a punto de adorar al personaje angélico que hablaba en el nombre de Señor Jesucristo, mas le fue prohibido: "Yo Juan soy el que ha oído y visto estas cosas. Y después que hube oído y visto, me postré para adorar delante de los pies del ángel que me mostraba estas cosas. Y él me dijo: Mira que no lo hagas: porque yo soy siervo contigo, y con tus hermanos los profetas, y con los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios." (Apoc. 22:8-9) Entonces el ángel siguió hablando como si fuese el Señor mismo: "Y he aquí, yo vengo presto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra. Yo soy Alfa y Omega, principio y fin, el primero y el postrero." (versículos 12-13) Jesucristo, el Señor resucitado, quien había sido exaltado a la diestra de Dios su Padre, había colocado su nombre sobre el ángel que fue enviado a Juan, y éste habló en primera persona, diciendo: "Yo vengo presto", "yo soy Alfa y Omega", aunque quería decir que Jesucristo vendría y que Jesucristo era Alfa y Omega.

Sin embargo, ninguna de estas consideraciones puede cambiar en lo más mínimo el hecho solemne de la relación literal

de Padre e Hijo que existe entre Elohim y Jesucristo. De los hijos espirituales de Elohim, el primogénito fue y es Jehová o Jesucristo, y todos los demás son menores. Citamos en seguida algunos pasajes que afirman esta gran verdad. Escribiendo a los Colosenses, Pablo se refiere a Jesucristo de esta manera: "El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura. Porque por él fueron criadas todas las cosas que, están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue criado por él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y por él todas las cosas subsisten: Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia; él que es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga el primado. Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud." (Colosenses 1:15-19) Estos versículos nos hacen saber que Jesucristo fue "el primogénito de toda criatura", y evidente es que la primogenitura que aquí se expresa debe referirse a una existencia anterior a la mortal, porque. Cristo no fue el primero de todos los mortales en la carne. También es llamado "el primogénito de los muertos", refiriéndose a él como el primero que resucitó de los muertos, o como en otra parte se dice, "primicias de los que durmieron" (I Cor. 15:20; véase también el versículo 23) y "el primogénito de los muertos". (Apoc. 1:5; compárese con Hechos 26:23) El autor de la Epístola a los Hebreos afirma la posición de Jesucristo como primogénito de los hijos espirituales de su Padre, y ensalza la preeminencia de Cristo revestido de carne: "Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en la tierra, dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios" (Hebreos 1:6; léanse los versículos anteriores). Pablo testimonia que los espíritus que eran menores que Cristo estaban predestinados a nacer conforme a la imagen de su Hermano Mayor: "Y sabemos que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien, es a saber, a los que conforme al propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos." (Romanos 8:28-29) A Juan el Revelador le fue mandado que escribiera a la iglesia de Laodicea, como palabra del Señor Jesucristo, lo siguiente: "He aquí dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios." (Apoc. 3:14) En una revelación dada por medio de José Smith en -mayo de 1833, el Señor Jesucristo dijo, como ya se ha citado: "Y ahora, de cierto os digo, yo estuve en el principio con el Padre, y soy el primogénito." (D. y C. 93:21) Uno de los versículos siguientes aclara el hecho de que los seres humanos igualmente existieron en un estado espiritual antes de ser incorporados en la carne. "Vosotros también estuvisteis en el principio con el Padre; lo que es Espíritu, aun el Espíritu de verdad." (versículo 23)

No es impropio, pues, decir que Jesucristo es el Hermano Mayor del resto del género humano. Indícase en la Epístola a los Hebreos que él es, por nacimiento espiritual, hermano de todos nosotros: "Por lo cual, debía ser en todo semejante a los hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel Pontífice en lo que es para con Dios, para expiar los pecados del pueblo." (Hebreos 2:17) Sin embargo, no se debe olvidar que él es esencialmente mayor que todos los demás, por motivo (1) de ser el mayor o el primogénito; (2) de su posición única en la carne como Hijo de una madre mortal y de un Padre inmortal o resucitado y glorificado; (3) de su selección y preordinación como el único Redentor y Salvador de la raza humana, y (4) de su incomparable impecabilidad.

Jesucristo no es el Padre de los espíritus que han tomado o en lo futuro tomarán cuerpos sobre esta tierra, porque él es uno de ellos. Es el Hijo, así como ellos son hijos o hijas de Elohim. De lo que se ha dado a conocer por revelación divina sobre los pasos del eterno progreso y desarrollo, debemos entender que solamente los seres resucitados y glorificados pueden ser padres de progenie espiritual. Solamente estas almas exaltadas han alcanzado la edad madura en el curso señalado de la vida eterna; y los espíritus que de ellos nazcan en los mundos eternos pasarán, en el orden debido, por los varios pasos o estados a través de los cuales sus padres glorificados han alcanzado la exaltación.

LA PRIMERA PRESIDENCIA Y EL CONSEJO DE LOS
DOCE APOSTÓLES DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO
DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS.

Salt Lake City, Utah, a 30 de junio de 1916.